

I. VIDA

¿Y SI LA VIDA era eso
y yo no supe guardarla,
y estuve guardando aquel beso
y olvidé como tomarla?

¿Y si los hombres son ciegos
o el agua del mar abrasa,
y la vida se escapa entre los dedos
como la arena de la playa?

¿Y si hay que morir para nacer
y no vivir esperando,
y arrancarse los ojos para ver,

sin poder vivir flotando
amando para querer,
y sobre el corazón navegando?

XXXIII. CARTAS DE SILENCIO

DESDE LA PLAYA inmensa de mi emoción,
a veces te escribo cartas de silencio
impregnadas de sal,
bajo un horizonte de plata y cobre.

Sus letras apenas se distinguen,
son una infinidad de líneas de espuma
arañadas sobre el metal de mi canto,
cuyo leve rumor me trasciende.

Hay en ellas sendas de helechos,
crestas de roca que brotan entre la arena,
y un mirador sobre acantilados,

estación final de unos versos,
como el horizonte
siempre inacabados.

XXVI. SENSACIONES

*“El escritor no cuenta historias,
expresa su sensibilidad
para despertar la sensibilidad del lector”
Azorín*

I

EL VIENTO alinea largas sombras triangulares
sobre nuestra dorada cúpula,
sobre el sol que alimentó a la mañana
estéril durante tantos años,
para cubrirnos del gozo amargo de la hiel
en el invierno de nuestra sombría soledad.

Negros serrijones atormentan tu conciencia,
la bestia del odio
nos sumirá entre sus cenizas.

¿Para qué llorar
si el viento no puede amalgamar azucenas?

¿Para qué sentir
la deteriorada luz de un invierno sin nieblas?

Nunca podremos ver
por los ojos de una gárgola de Notre-Dame,
y tal vez eso, tampoco nos bastase.

II

EL AGUA destila gruesas cabelleras
en la fuente del parque,
las hojas se agitan y suenan
bajo el gélido soplo del invierno,
describen una melodía inteligible
para una sensibilidad distinta.

El eco del agua arrastra tu mirada
hacia un brocal interminable.

La melancólica lluvia
concede un halo especial a las ciudades de
piedra.

Nunca podremos ser
los ojos de una farola en la noche,
y tal vez eso, tampoco nos bastase.

III

HAY CIUDADES que tienen noches mágicas
por naturaleza.

Hay noches
que son rehenes del Paseo del Prado,
que guardan su mirada de Recoletos,
y atraviesan silbando la Gran Vía.

El cielo parece más grande desde las azoteas.
Los tejados son caminos
que se elevan sobre la ciudad,
dañando nuestra retina para siempre.

Nunca he subido a Cibeles de día:
aunque el sol brille, en Madrid
para mí siempre es de noche.

En la noche los edificios brillan
como altares a un dios ateo.

¿Brillará más el rayo de Júpiter
que la cúpula del edificio Metrópolis?

En Alcalá duermen
todos los bohemios de esta parte del mundo.

Para los de la otra,
habrá un cielo interminable,
y tal vez eso, tampoco nos bastase.